

ciencias; pero, tan especulativamente y tan sin aplicación á las infinitas ramas de la industria humana, que no prestan servicio alguno á la mayor parte y precisamente á la parte más necesitada de la juventud que las adquiere; ni menos es capaz de dar, como pudiera, impulso vigoroso á la prosperidad de un país, como el nuestro, nuevo y por lo mismo escaso de las fuentes de riquezas que en otras partes crea y explota día á día el mundo de las artes industriales.

Pedro es un excelente herrero. Con su trabajo inteligente y ejemplar honradez ha logrado formar una familia y un hogar modesto pero holgado. Su hijo mayor ha seguido la corriente del uso; ha estudiado humanidades y en seguida leyes. Pero, su inteligencia, que parecía muy distinguida para la mecánica, no es ni mediocre para las letras. Á duras penas llegó al bachillerato, pero, el derecho lo fatigó de tal manera, que al fin le sucedió lo que acontece á tantos: desertó del colegio. Su imaginación juvenil y el contacto con compañeros más afortunados, hicieron germinar en su corazón mil aspiraciones tentadoras. Anhela un rango social y un mundo de goces que, como Tántalo, divisa sin poder alcanzar.

Su padre lo invita á que aproveche sus felices disposiciones para la mecánica, en la prosperidad de su establecimiento; pero, el joven desecha con horror esas proposiciones que le parecen humillantes. Sus ensayos poéticos, sus lecturas romanescas, su bachillerato, en fin, son, á sus ojos, incompatibles con el fuelle y con la hornilla, con el yunque y el martillo. Prefiere dormir y soñar, leer y vagar.

Pero, como esta moneda no se recibe en el mercado, nuestro bachiller va y viene en busca de una posición social. Un empleo público colmaría sus deseos; pero, la empleomanía es una plaga que repleta las oficinas. Hay varazón de aspirantes y su ilusión se desvanece.

Puesto que te llevas escribiendo, dice el padre, busquemos siquiera un destino de escribiente. Aceptado; pero, la escritura de nuestro bachiller es la misma de todos nuestros bachilleres una escritura arábica ó chinesca que ocasiona un nuevo fracaso.

Pues entonces, un destino en el comercio. Pero, nuestro lite-

rato no sabe llevar libros, no conoce la legislación comercial, y, sobre todo, con su escritura chinesca encuentra cerradas todas las puertas. La situación va siendo desesperante.

Un día el padre va radiante de alegría. Ven acá, dice á su hijo; al fin saldremos de cuidados. Hay dos destinos para ti: uno en la tintorería con cien pesos mensuales de renta y otro en la fábrica de fósforos con doscientos! Aquí llegó el caso de lucir tu premio de química y de poner la cartilla en la mano á esos chapuceros. Ya viste lo que pasó con el vestido de tu madre que volvió de la tintorería más viejo y ajado de lo que iba. Ya viste también lo que pasó con los fósforos y con mi manía de proteger la industria nacional y mi orden para no comprarlos sino en la fábrica chilena. Ya viste cómo fué preciso revocar la orden; porque para encender un fósforo había que gastar una caja entera. Pues ahora tú puedes ganar dinero y mejorar esas industrias con tus conocimientos.

La diligencia se hace, pero en vano. El joven no se encuentra ni elementalmente preparado. Su química, como la de sus compañeros, consiste en muchos nombres, muchas divisiones de cuerpos, especies y géneros; mucha teoría; pero ¿práctica? ¿aplicaciones á la industria? Ninguna....

¿Qué sabes entonces? grita el padre al joven con aire del más amargo reproche.

Sé lo que me han enseñado.— Sí, á corregirme todo lo que hablo y á leer novelas, pero no á trabajar ni á ganar un centavo, y reniego de una sabiduría que no sirve á los que la reciben.

Esta situación, que no satisface al padre ni al hijo, engendra con frecuencia en ese hogar, dramas domésticos que roban la tranquilidad á la familia y á veces llegan á amenazar su bienestar y su honor, adquiridos á tanta costa. Más de una vez, padre é hijo, la familia entera han llegado á maldecir de una instrucción que produce tan pocos ó tan malos frutos.

Un día el joven se me acerca en solicitud de un destino y me pinta su angustiada situación. No tuve destinos que ofrecerle y le ví alejarse, llevando en su alma toda la desolación del que ha perdido su última esperanza. Días después le divisé perorando al pueblo, y desahogando su reconcentrada cólera.

De este cuadro, señores, hay, con variedad de accidentes, co-

pías infinitas en nuestra sociedad: unos más cómicos, otros más trágicos y más sombríos; pero todos deplorables.

El hecho es que la inmensa mayoría de los alumnos en nuestros liceos de primer orden y casi la totalidad de ellos en los de segundo, abandonan los estudios antes de recibir los grados. De doscientos compañeros que comienzan en el Instituto un curso de humanidades, llegan juntos al bachillerato treinta ó cuarenta, y al título profesional ocho ó diez. Los demás van quedando rezagados ó abandonan el colegio, porque su escasa fortuna ó su falta de aptitudes no les permite soportar las dilaciones ó vencer las dificultades de las altas profesiones liberales.

Millares son los que invaden los templos de Minerva; pero, como las vocaciones literarias son escasas, la muchedumbre abandona á la esquivia diosa, para lanzarse en los mares procelosos de la vida, sin brújula ni rumbo que seguir. ¿Qué caudal y qué aptitudes ha sacado del colegio para las azarosas luchas del trabajo? Algunas teorías de cálculo, de lenguas, de retórica; una tintura de historia y algunos otros embelecocos científicos, que suelen llenar su alma de peligrosos engreimientos; pero, que no la habilita ni robustece para los combates de la vida. ¿Á dónde van esos millares de naufragos de las ciencias y de las letras? Á cultivar los campos tal como los cultivaban sus abuelos, á vegetar detrás de un mostrador, á repletar las filas de la empleomanía ó las filas de la vagancia y de las malas artes; pero, ninguno con conocimientos capaces de realizar un progreso en las ciencias, ni un adelanto en las artes, ni un mejoramiento en la industria.

Las infinitas ramas de la industria que nacen cada día de las aplicaciones de la química, de la mecánica, de la física, no han nacido todavía en nuestro país, y las pocas que se han establecido, debidas á simples aficionados y no á maestros del ramo, viven en un estado tan embrionario que apenas merecen el nombre de talleres industriales, y de seguro que ellos no encontrarían, no digo un maestro, pero ni siquiera un aprendiz en la juventud de nuestros liceos.

En cambio, se han multiplicado los sabios de almanaque, los escritores de bacanal, y hasta los aprendices de socialistas, que

no han podido trepar ni las faldas del Parnaso, pero que no quieren ganar el pan en el humilde oficio de sus padres, y no saben ni pueden ganarlo en industrias más elevadas, porque no las conocen ni de nombre.

Los hijos del pueblo obrero que adquieren alguna cultura literaria, se levantan á una esfera muy superior á la humilde en que nacieron, desprecian la profesión de sus padres, desprecian á sus padres mismos y pretenden un señorío que nada tendría de malo; que, al contrario, cultivaría sus sentimientos de dignidad y pundonor si no los empujase á la ociosidad ó á vegetar en ocupaciones mezquinas y rutinarias, las más veces contrarias á las felices disposiciones que les dió naturaleza. Así llegan á ser tan incapaces de impulsar el progreso social, como de labrarse á sí mismos un halagüeño porvenir. Porque es cosa muy sabida, señores, que de dos genios, uno para la historia y otro para la mecánica, sacaréis dos vulgaridades y acaso dos nulidades con sólo trocar sus papeles. Así es como muchos distinguidos talentos se esterilizan y pierden, para ellos y para la sociedad, por vivir entregados á ejercicios contrarios á su inclinaciones naturales.

Se gastan los dineros del Estado, que son los dineros de todos, en formar bachilleres y doctores, es decir, en aumentar los goces y las aptitudes de los favorecidos de la suerte, que son los menos; y se deja sin profesión ni carrera, sin oficio ni beneficio, á los desheredados de la fortuna, que son los más. Se harta á los que están colmados y que son la excepción, y se desatiende á los pobres que forman la regla. Así los dineros de los más sirven para locupletar el bienestar de los menos.

Si se dejase siquiera á la iniciativa particular la libertad de concurrir á satisfacer la necesidad de las profesiones liberales, la injusticia y el error no serían tan enormes. Pero, no es así; el Estado se reserva, por medio de un monopolio absoluto, esa pesada carga i la responsabilidad de arrastrar á todos, por la autoridad del privilegio y del ejemplo, á seguir caminos errados, rutinarios y perjudiciales.

Hay en ello no sólo una injusticia suprema, sino un grave peligro social. Un sistema de instrucción pública que sacrifica la libertad, y que la sacrifica para crear una organización artifi-

cial, tan poco adecuada á las necesidades del pueblo, tan injusta y desigual, que en beneficio de unos pocos convierte á los más en zánganos de la colmena, va abriendo abismos cada vez más profundos entre las clases sociales, ejerce una influencia desmoralizadora y crea pasiones subversivas.

Tejéis para los privilegiados del talento ó de la fortuna el brillante y lucido manto de las letras; pero dejáis en la desnudez de una profesión honrosa y lucrativa á esos millares de niños que no pueden emplear largos años en su educación; que sólo aspiran á ser negociantes, industriales, agricultores; á esos hijos del pueblo que sólo desean adquirir una instrucción que los habilite para ganar su propio sustento, para ser pronto el sostén y no la carga de su familia.

Señores: es preciso fundar en una vasta escala y de una manera científica la enseñanza industrial del pueblo; es preciso abrir nuevos y variados horizontes á sus vocaciones de actividad y de trabajo; es preciso darle una instrucción más aplicable á sus necesidades, es preciso multiplicar los medios de ganar la vida á esos millares de jóvenes, que serían perversos literatos, pero que pueden ser verdaderos genios en la industria. Aprovechar esas inteligencias y esas fuerzas, que hoy se pierden ó se inutilizan, será prestar á la sociedad un insigne beneficio.

No es concebible, señores, que vayamos á comprar al extranjero hasta los fósforos, hasta los cohetes con que juegan los muchachos, hasta la tinta con que escribimos. No es tolerable que tengamos montañas de azufre en nuestras cordilleras y que en vez de prepararlo y elaborarlo nosotros mismos, vayamos á Europa á comprar el azufre que necesitan nuestras viñas. No es concebible que produzcamos el mejor cáñamo del mundo y no sepamos fabricar con él ni los sacos que necesitan nuestros trigos. No es tolerable que sólo en Chile haya bosques nativos de Quillay y Boldo y que sea tan estúpido nuestro atraso industrial, que enviemos á Europa nuestro oro para comprar las tinturas y los extractos de Boldo y de Quillay.

Así es como la fatal tendencia y la corriente de la moda que crea un errado sistema de instrucción, priva á Chile de millones que envía al extranjero y que debían quedar en el país, y priva á nuestros nacionales de mil carreras y profesiones lucrativas

que labrarían su riqueza propia y la riqueza nacional. Así es como de esta nuestra ignorancia industrial, podríamos decir lo que el poeta dijo de la avaricia:

Que deja, en la riqueza, pobre al dueño.

Todos quieren ser literatos y doctores. Buenos son ellos, cuando son buenos; pero, como esa corriente del uso, creada por el molde de la enseñanza oficial, pierde á tantos, yo os digo, señores; menos compendios de enciclopedias ambulantes y más trabajo, menos retóricos y más industria, menos sofistas y más ingenieros, menos teorías y más ciencias aplicadas: eso es lo que este país nuevo y laborioso necesita para acrecentar su riqueza, su prosperidad, su bienestar.

Esta es la grande obra que la Universidad Católica se propone realizar, creando su facultad de artes é industrias, para formar comerciantes, arquitectos, constructores, ingenieros-químicos, ingenieros-mecánicos, ingenieros-agrícolas, para dar, en fin, la mayor amplitud posible á la adquisición de los conocimientos científicos, aplicados á los diversos ramos de la industria. Ardua é costosísima empresa; pero, tan útil, tan previsora y tan patriótica, que vale bien la pena de los sacrificios que demande.

De aquí nacen, señores, los aplausos especiales y las especiales bendiciones que me arranca la Universidad que se proyecta. No es que yo rinda tributo al materialismo del siglo en que vivimos y crea, como algunos, que el colmo de la civilización consiste en el mayor y más perfecto desenvolvimiento de la industria humana, que proporciona cada día al hombre, ávido de goces y mejoras, mayor suma de comodidades y bienestar. Nó. Yo sé que todos los descubrimientos y todas las aplicaciones de la industria, no son sino un resultado y una consecuencia de un poder moral que las ha precedido y fuera del cual no podrían subsistir; porque sólo ahí está la savia que les da la vida. Yo sé que la verdadera civilización consiste en el elemento moral, en ese capital espiritual que es la fuente misma del capital industrial de los pueblos.

Pero sé también que en la nueva Universidad existirá esa base fundamental del progreso; que las ciencias y las artes se inspirarán en los principios cristianos, cuyo olvido ha arrojado á muchas sociedades en esas crisis violentas y terribles de las